

I

EL FIN DEL IMPERIO

Lo despertó el tintineo de las llaves en la cerradura. Impasibles, los guardias le hicieron un gesto indicando que los siguiera. Avanzaron por el pasillo y, tras haber subido un tramo de escaleras y tomado otro largo pasillo, llegaron frente a la puerta del patio.

El viento glacial de otoño despabiló al prisionero. Inspiró una bocanada de aire húmedo y oyó, más allá de los muros de la calle Conti, el silbido débil y agudo de una locomotora que partía de la estación del Este, muy cerca de ahí. Luego vio, apenas iluminada por la luz del sol naciente, una cuerda que se balanceaba en la horca en medio del patio.

«¡Camaradas! ¡Esto no es lo que me habíais prometido!», gritó con una voz potente mientras los guardias lo empujaban hacia el patíbulo. Sus palabras retumbaron por toda la cárcel.

Aquel hombre en la flor de la vida era László Rajk, una de las figuras más destacadas del gobierno comunista en el poder en Hungría. Era un héroe: antiguo combatiente de la Guerra Civil española y uno de los cabecillas de la resistencia comunista al régimen pronazi durante la Segunda Guerra Mundial. Defensor infatigable de los campesinos y de los obreros, había sido detenido en varias ocasiones. Luego, cuando los soviéticos expulsaron a los nazis de Hungría, Rajk se convirtió en la joven promesa del Partido Comunista. Sucesivamente ministro del Interior y de Asuntos Exteriores, era el número dos del país.

Pero sus propios camaradas lo habían acusado de espionaje, con un sumario inventado de arriba abajo. Tras semanas de tortura, había reconocido su culpabilidad por la radio en directo. A cambio de su confesión le habían prome-

tido que no sería ejecutado, que simplemente lo enviarían al extranjero por algún tiempo con su mujer y su pequeño hijo, de unos pocos meses de edad.

Cuando hubo confesado, dejaron de torturarlo; lo alimentaron mejor y le concedieron una celda más espaciosa.

Pero lo habían engañado. El día gris que empezaba a iluminar la cárcel de la calle Conti iba a ser el de la traición final.

László Rajk fue ahorcado el 15 de octubre de 1949. Así terminaba el primer proceso político de la Hungría de posguerra, organizado por el jefe del gobierno húngaro, Mátyás Rákosi. El hombrecillo calvo y redondo, de ojos de víbora, seguía las órdenes de Stalin. El amo del Kremlin había lanzado una campaña de terror que recordaba de manera asombrosa las grandes purgas de finales de los años treinta y los procesos contra los trotskistas; esta vez, el Padrecito de los pueblos la tomaba con los «titistas, agentes del imperialismo», es decir, contra aquellos que se consideraba eran sospechosos de ser partidarios del mariscal Tito. El líder de Yugoslavia había cometido la afrenta de oponerse al comunismo centralizador de Moscú; Stalin no se había contentado con excomulgar a ese «traidor» culpable de tal «leninidad», sino que se había abalanzado sobre la oportunidad de purgar todos los partidos comunistas. Era una manera de disuadir a emuladores potenciales de Tito que quisieran salirse de la fila... Había llegado la hora de una nueva purificación; en Budapest, Praga, Varsovia, se ordenó a los comunistas en el poder que hicieran salir de sus madrigueras a los espías titistas infiltrados en sus partidos. László Rajk fue el primer chivo expiatorio de este terror demencial. Hay muchas razones para creer que Rákosi, al montar de arriba abajo un proceso contra los «espías imperialistas», no hizo más que tomar la delantera... para no ser acusado del mismo crimen.

La noticia de la ejecución de Rajk cruzó rápidamente las fronteras. En Francia causó un gran impacto, sobre todo en-

tre los intelectuales de izquierda. Emmanuel Mounier fue el primero en protestar enérgicamente contra este proceso amañado, denunciando en la prestigiosa revista *Esprit* un sistema que llevaba «a los comunismos europeos hacia una evolución catastrófica». Pierre Emmanuel en *Le Monde*, François Mauriac en *Le Figaro*, Clara Malraux y André Breton dieron también muestras de su indignación. Dentro del Partido Comunista, Edgar Morin y quienes se sentían cercanos a él exigieron explicaciones. Conmocionado por la muerte de László Rajk, del que era amigo desde hacía muchos años, el periodista François Fejtő publicó, también en la revista *Esprit*, un artículo titulado «El Caso Dreyfus internacional».<sup>1</sup> El paralelo con aquella página oscura de la historia de Francia no se debía a los orígenes de Rajk—no era judío—sino a la fabricación de un falso proceso por razones políticas. El caso Rajk, cuyo recuerdo seguiría estando presente de manera obsesiva en Hungría durante muchos años, fue la primera manifestación de las purgas estalinistas que iban a asolar el país: cientos de individuos serían ejecutados y decenas de miles, entre ellos numerosos comunistas, se pudrirían en prisión o en los campos de trabajo. Sólo la muerte de Stalin, en 1953, pondría punto final a este terror sanguinario.

\*

Unas semanas antes, en la pequeña ciudad alemana de Andernach, un hombre había seguido atónito el proceso de László Rajk, que Radio Budapest retransmitía para el mundo entero.

Postrado al lado de su receptor de radio, Endre, hermano mayor de László, no podía creer lo que estaba oyendo entre interferencias diversas. Estupefacto, oía a su hermano

<sup>1</sup> *Esprit*, noviembre de 1949. (Salvo allí donde se indique, las notas son del autor).

confesar crímenes absurdos y acusarse de haberse convertido en un instrumento de la política de Tito. «Tito, que ha seguido las huellas de Hitler [...] y tras el cual se esconden, en calidad de jefes y amos, los imperialistas norteamericanos», decía, entre zumbidos, la voz de László Rajk. Para quienes lo conocían bien, aquel Rajk no hablaba espontáneamente. Se expresaba como alguien que recita una lección.

Los dos hermanos, nacidos con diez años de diferencia, eran del todo opuestos, tan distintos como el agua y el fuego. Endre, de temperamento dulce y más bien sociable, era tranquilo y ponderativo; nada que ver con la fogosidad y el carácter extrovertido de su hermano menor. Mientras que László, comunista convencido, había combatido en la Guerra Civil española en las Brigadas Internacionales y luego contra el gobierno húngaro pronazi durante la Segunda Guerra Mundial, Endre había simpatizado con las ideas del Partido de la Cruz Flechada, el partido magiar de extrema derecha. Y cuando este movimiento tomó el poder, en octubre de 1944, había sido nombrado comisario gubernamental.

Su puesto le había permitido acudir en ayuda de László. Cuando éste fue detenido y juzgado poco antes del final de la guerra, Endre lo salvó. Gracias a su testimonio ante el tribunal, pudo arrancar a su hermano de las garras de la muerte.

Después, Endre había huido de Hungría y se había exiliado en Alemania. El gobierno húngaro constituido en la posguerra deseaba su extradición, probablemente para juzgarlo como colaborador del poder hitleriano. Pero su hermano László se opuso y pudo así salvarlo, pagándole con su propia moneda. Unidos por los lazos de la sangre y por una infancia feliz, los dos hermanos se habían salvado la vida mutuamente. La agitada historia de entreguerras y el terrible conflicto mundial los había llevado por caminos distintos, pero no por ello habían dejado de sentir un gran respeto el uno por el otro.

Pegado a su receptor de radio, con el corazón en la boca,

Endre escuchó aquel veredicto absurdo: ¡su hermano condenado a muerte por los comunistas! Lleno de rabia, golpeó la mesa con el puño, maldiciendo de pura impotencia.

No era ya más que un exiliado en la lejana tierra alemana; nada podía hacer por László. Abrumado, hundió el rostro entre las manos. Volvió a ver las colinas de Transilvania, que olían a lilas en primavera. Oyó los gritos de sus hermanos y hermanas jugando al escondite en el jardín bajo la mirada cariñosa de sus padres, József y Vilma.

Endre se aferró a estos pensamientos para no perder la cabeza.

\*

József Reich—en aquellos tiempos, la familia no había cambiado todavía su apellido a Rajk—era un hombre guapo, alto, con un imponente bigote en forma de manubrio de bicicleta.

Instalado en Székelyudvárhely, una de las más antiguas ciudades de Transilvania, provincia oriental del reino, era zapatero, como su padre József. No había conocido a su abuelo, un oficial austríaco que tuvo una relación con una bella joven del lugar y se volvió a Viena justo después del nacimiento del niño. Como los Reich, la mitad de las familias de la ciudad tenían nombre alemán y eran calvinistas. Sus ancestros, colonos de Sajonia y de Suabia, habían venido a repoblar las tierras transilvanas diezmadadas por la peste, obedeciendo a la llamada de la emperatriz María Teresa, y se habían integrado rápidamente a los *székely* de Transilvania.<sup>1</sup>

A los treinta años de edad, József se casó con Vilma, una

<sup>1</sup> *Székelyudvárhely* significa literalmente: el ‘refugio de los *székely*’. Son húngaros, descendientes de una de las tribus que emigraron desde los territorios al este de los Urales (en la Rusia de hoy) para instalarse en la cuenca del Danubio en el siglo IX. (N. del T. francés).

dulce jovencita de diecisiete años, de padre carpintero. A los dos les encantaban los niños, y entre 1891 y 1913 tuvieron once: ocho varones y tres niñas. Endre, el sexto, nació en 1899, y László en 1909.

El alegre hogar estaba animado todo el día por los gritos y risas de los pequeños. «Nuestra familia era perfectamente feliz», apuntó en su diario Jenő, nacido tres años antes que László. El negocio familiar iba bien. Las botas bordadas que József fabricaba en su taller eran muy apreciadas por las transilvanas, que las llevaban en la iglesia, el mercado, o durante las veladas de danzas folclóricas. Reich padre recorría todas las ferias del condado, pero era en el mercado de Székelyudvárhely donde hacía las mejores ventas. Cada semana, la pequeña ciudad acurrucada al pie de las montañas Hargita bullía. Por los andenes de la estación descendía una multitud de vendedores y de clientes ensombreados, luciendo sobre la barriga la leontina de su reloj de bolsillo. En una amplia pradera, no lejos de la estación, se situaba el mercado de bovinos; allí se podían encontrar los más hermosos toros de la región. Las viejas campesinas venían de los pueblos de los alrededores con sus faldones rojos y negros, el pecho apretado en su chambra bordada, y montaban sus puestos en la hierba. Las cestas de verduras estaban al lado de las de cerezas, ciruelas o manzanas.

El mercado pequeño plantaba sus reales en el centro de la ciudad, cerca del río Küküllő y de la iglesia de los benedictinos, a pocas calles de la casa de los Reich. Allí se vendían aves y toda clase de alimentos y de flores; los vendedores de telas ponían su puesto y las jóvenes székely, vestidas con una blusa blanca y un pañuelo a la cabeza, apilaban con infinita paciencia delicadas telas de lana y resistentes tejidos de paño.

El mercado de Székelyudvárhely rebosaba abundancia. En este principio de siglo XX, Hungría vivía una verdadera edad de oro. Tras la debacle de la guerra de independencia de 1848, la paz firmada con el Imperio austríaco en 1867

había instaurado la doble monarquía y otorgado una mayor autonomía a Hungría. Budapest había construido su propio parlamento, un inmenso edificio neogótico. Como tantas manifestaciones del orgullo nacional recobrado y de un auge económico sin precedentes, la capital magiar vio nacer un teatro de ópera y prestigiosos edificios residenciales, así como la primera línea de metro del continente europeo. Hungría se había transformado en un gran exportador de productos agrícolas; las zonas rurales de Transilvania prosperaban a ojos vista.

Cuando había feria en la ciudad no sólo había mercado, también se comía hasta reventar y se bebía vino blanco a la caída de la tarde; bailes y recitales de poesía ponían punto final a cada día. La gente escuchaba viejas melodías folklóricas que, poco después, un joven compositor llamado Béla Bartók iba a transcribir una a una en el transcurso de un largo periplo por los valles székely.

József Reich no era un zapatero como los demás; pese a haber abandonado la escuela a los once años, devoraba libro tras libro desde su más tierna infancia. Bastante sociable, asistía regularmente a las veladas de danza o de poesía que organizaba el gremio de zapateros, y no era raro que recitara versos. József, que tenía energía para dar y tomar, formaba parte del coro, e hizo que sus hijos lo siguieran. Aquel padre de familia que se interesaba tanto por la política como por la literatura o las cuestiones sociales se volvió, según su hijo Jenő, «una persona muy culta, mucho más de lo que se hubiera podido esperar en alguien de su condición social. No quería ser un ignorante e hizo todo cuanto pudo para que sus hijos recibieran la mejor educación posible y desarrollaran su talento. Insistió en que nuestro hermano mayor terminara la escuela secundaria aunque estuviera destinado a sucederlo en el taller». Aquel padre alegre y cariñoso no dedicó su fortuna únicamente al bienestar material de su familia; no escatimó ningún gasto para que sus hijos siguieran recibien-

do una buena educación después de haber cumplido los once años, cuando la escuela ya no era gratuita.

Numerosos ciudadanos de origen austríaco, serbio o eslovaco magiarizaron sus apellidos, ya que deseaban integrarse en una nación volcada en la expansión y el progreso. Siguiendo su ejemplo, József hizo que sus hijos tomaran el apellido Rájk, una transcripción casi fonética, aunque un poco más dura, del Reich austríaco.<sup>1</sup>

Sin embargo, la edad de oro y el optimismo reinante iban a durar poco. La prosperidad económica no era más que una ilusión, ya que la sociedad magiar seguía siendo fundamentalmente rural: el poder se concentraba en las manos de grandes terratenientes que no pagaban impuestos y negaban a sus trabajadores el derecho a organizarse. Por otra parte, la élite magiar, al tiempo que se aferraba furiosamente a la identidad nacional que Viena le había reconocido, negaba ese derecho a los otros pueblos. Budapest no atendía a las peticiones de las minorías eslovaca, rumana o serbia, que deseaban una mayor autonomía dentro del reino de Hungría. Todos los futuros problemas del país ya estaban presentes, en estado embrionario.

Un año después del nacimiento de Béla, el menor de los hijos de József y Vilma, tuvo lugar en los Balcanes un acontecimiento que desencadenó una de las mayores tragedias del siglo XX. El archiduque Francisco Fernando, heredero del trono de los Habsburgo, estaba de visita en Sarajevo cuando, el 28 de junio de 1914, fue asesinado por Gavrilo Princip, un joven estudiante de Bosnia-Herzegovina. Austria, sospechando que Serbia estaba detrás del asesinato—la anexión, seis años antes, de Bosnia-Herzegovina por parte de Viena había pro-

<sup>1</sup> Después de 1918, los hijos de József decidieron cambiar su patronímico a Rajk, sin tilde, lo que suavizaba la sonoridad de la palabra. Utilizaremos el apellido Rájk para el período anterior a 1918. Por el contrario, a partir de esa fecha, lo escribiremos sin acento.



vocado la furia de Serbia, que tenía una frontera común con el territorio anexionado—, le declaró la guerra. La poderosa Alemania se unió enseguida a Viena, con el objetivo de ampliar su propio imperio y de sembrar la discordia en la Triple Entente, la alianza formada por Rusia, Francia y el Reino Unido. Pero Rusia acudió en auxilio de Serbia y, para sorpresa de Alemania, Gran Bretaña y Francia la apoyaron. De manera ineluctable, el juego de las alianzas condujo al inicio de la Primera Guerra Mundial. Todos los vecinos de Hungría con minorías étnicas en su territorio declararon la guerra al Imperio Austro-Húngaro. Entre ellos, Rumania, que disponía de una ocasión soñada para apoderarse de la Transilvania magiar en la que vivía una importante comunidad rumana.

El huracán de la Primera Guerra Mundial no perdonó a la familia Rájk. Los cuatro hijos mayores fueron movilizados: József y Sándor, que trabajaban en el taller de su padre; Lajos, que estaba a punto de empezar sus estudios de medicina, y Gyula, que ya vivía en Budapest. El mayor se incorporó a la caballería—el regimiento de húsares—, Sándor y Lajos se unieron a la infantería desplegada contra los rusos, mientras que Gyula fue enviado a Sarajevo para luchar contra los serbios. Diplomado en economía por la facultad de Koloszvár, en Transilvania, Gyula había trabajado hasta entonces en la sede de un banco anglohúngaro en Budapest. En 1915, Ender alcanzó también la edad de combatir, pero fue finalmente dispensado por una herida de infancia en el ojo derecho. Había abandonado la escuela antes del examen de bachillerato y se había ido a Budapest con Gyula, donde, tras mucho buscar, había encontrado empleo en una oficina.

Las consecuencias económicas de la guerra fueron catastróficas para el padre de familia. Desde que József y Sándor partieran al frente, el taller fabricaba menos botas que antes y en 1916 la producción había disminuido a la mitad. Luego, la escasez de cuero y de piel disparó su precio, con lo que el artesano ya no tuvo con qué pagarlos. ¿Y a quién vender botas